

nota un especial cariño e interés de la autora. Las mujeres eran una pieza fundamental dentro de la articulación de los proyectos reformistas por su carácter de madres y, por tanto, educadoras. Si los ilustrados defendían la posibilidad de transformar la sociedad era, en parte, porque creían en la perfectibilidad humana a través del conocimiento. La educación, en este sentido, adquiriría un papel primordial dentro de las coordenadas de un optimismo antropológico de raíz clásica que en su versión dieciochista otorgaba una gran confianza a la mujer. Ahora bien, era necesario comenzar por la modificación de las costumbres de las féminas —el cincelado de las conductas— en una doble vertiente: por un lado, evitar las muestras públicas de una moral superficial basada en el lujo, en las apariencias, en los vestidos ostentosos o en el disfrute de actividades demasiado frívolas para los principios ilustrados de carácter más riguroso y austeros; y, por otro lado, enseñar a las mujeres distintos hábitos higiénicos, una nueva conceptualización de su cuerpo y unos nuevos valores pedagógicos que pudieran revertir en una mejor educación y crianza de sus hijos. Es decir, a la vez que se regulaban las formas, maneras y lugares de su presencia pública se potenciaba la reclusión de la mujer al ámbito privado de los hijos y la familia. Es importante destacar, como hace la profesora Bolufer, que este último aspecto de la vida de las mujeres, que terminará por ser el predominante tras la Revolución Francesa y la generalización de la moral «burguesa» (en su sentido socio-histórico y no económico), recibió un fuerte impulso de los escritos educativos y filosóficos de Rousseau. El ginebrino, como es sabido, se distanció del racionalismo ilustrado para dar prioridad al sentimiento, a la austeridad y al rechazo de la vida pública en favor de una reclusión al ámbito privado de la mujer.

Los conceptos y la distinción —de fuerte influencia habermasiana— entre el ámbito de lo «público» y lo «privado», que tanto la autora como yo misma hemos utilizado con profusión, constituyen categorías de análisis y no realidades objetivas. Es en el siglo XVIII cuando se inicia la labor de separación de esferas no sin dificultades y vivas polémicas, como muestra el libro de Mónica Bolufer. La consolidación paulatina en el siglo XIX de los valores burgueses y liberales produjo la división teórica y práctica de espacios, que tanto ha sido criticada desde la reciente teoría feminista porque suprimía la posibilidad de actuación de las mujeres en el ámbito de lo público-político. Como hemos señalado aquí, sin embargo, no hubo que esperar al siglo XIX, ya que el germen estaba en una de las paradojas del propio pensamiento ilustrado y reformista que apoyaba la presencia de las mujeres en las instituciones públicas de sociabilidad a la vez que consideraba insustituible su papel educador en la familia. No se renunciaba a nada y, por eso, el siglo Ilustrado fue también el de las mujeres. Estas y otras cuestiones de gran interés se desgranarán con maestría en el libro comentado.

Eva Velasco Moreno

LOPEZ, François

*Juan Pablo Forner y la crisis de la conciencia española en el siglo XVIII*. Traducción de Fernando Villaverde. Salamanca: Junta de Castilla y León, 1999.

Es digna de encomio la actitud de una institución oficial como la Junta de Castilla y León al decidirse a publicar la traducción de un libro clásico, de obligada consulta y que, a pesar del tiempo transcurrido desde su edición francesa (1975), no ha perdido vigencia. Por desgracia, libros fundamentales

en el estudio del siglo XVIII aún no han sido traducidos o bien sus traducciones se encuentran agotadas desde hace bastantes años.

Las aportaciones del profesor François Lopez al estudio del siglo XVIII español se encuentran bien representadas en esta monografía. La vida y obra de Juan Pablo Forner constituyen el hilo conductor sobre el que se desentraña toda una serie de movimientos, actitudes, reflexiones e ideologías que conforman el complejo entramado de la Ilustración española. De ahí que, más que descubrirnos una obra literaria propiamente dicha, Lopez nos sitúe ante las ideas, confusas unas veces, contradictorias otras, de la intelectualidad española del siglo XVIII.

El libro consta de dos grandes secciones. La primera de ellas se centra en «el primer siglo XVIII», en las figuras de Mayáns y Andrés Piquer y, por extensión, en la Ilustración valenciana. Se trata con ello de adentrarnos en la tradición nacional de la Ilustración relacionándola con las corrientes humanistas del siglo XVI, el erasmismo y el pensamiento de Luis Vives, sin cuya consideración difícilmente se explica la obra de Forner y de otros muchos ilustrados. Se sitúa, por tanto, al escritor valenciano en la línea de un humanismo cristiano, igualmente ilustrado y reformista aunque en consonancia con la tradición nacional. Mas también se analiza también la figura de Mayáns por su afán por desmentir los errores de la crítica de su tiempo, su interés por otorgar un justo lugar a la obra cervantina, o sus actitudes ante los poderes tradicionales: nobleza y clero fundamentalmente. Mención expresa debe hacerse de las páginas en que se aclaran términos habitualmente utilizados por los autores ilustrados como Siglo de Oro, quijotismo y otros recurrentes para la crítica y no suficientemente explicados hasta entonces.

La segunda sección se adentra en la vida de Forner que para Lopez es heredero

de los *novatores* y, por tanto, heredero de la filosofía de Juan Luis Vives. Su talante crítico se contempla sobre la base de sus cimientos intelectuales e ideológicos, cobrando un particular sentido su defensa del cristianismo o las polémicas literarias, en particular las mantenidas con Iriarte, Pedro Centeno o el mismo *Censor*. Y es a partir de esas relaciones desde donde se analiza el devenir de los años comprendidos entre 1750-1797 en sus aspectos políticos, ideológicos, literarios, tales como la reforma de la enseñanza universitaria de 1771, el análisis del grupo poético salmantino o el concepto, clave en la tesis de François Lopez, del uso y significado que se dio en la época al término nacionalismo, entendido, en este caso, como reacción de un grupo intelectual frente a los ataques procedentes del exterior. Debemos recordar aquí el subtítulo de la tesis de Lopez, *La crisis de la conciencia española en el siglo XVIII*, crisis originada por los reiterados ataques a España por parte de algunos autores franceses. A este respecto, afirma que estos ataques provocaron el especial estado que vivió la Ilustración en España, Ilustración moderada para unos, inexistente para otros, pero en cualquier caso difícil de definir en toda su amplitud.

El libro termina con dos apéndices: el primero dedicado al estudio de *Las exequias de la lengua castellana* y el segundo, a la publicación de parte del epistolario de Juan Pablo Forner.

En definitiva, nos encontramos ante un texto fundamental, en muy cuidada edición, a la hora de entender la actividad intelectual de nuestros ilustrados; punto de referencia obligado para todo aquel que trate de profundizar en el estudio de nuestro complejo siglo XVIII.

Pablo A. García Malmierca